

ENTRE EL RAYO Y LA CENTELLA

Luisa Futoransky

Entre cielo y tierra, en una franja imprecisa, un animal industrioso y destructor que llamamos hombre tiene por costumbre, como la mayor parte del resto de los seres vivientes, de nutrirse y reproducirse. Puede hacerlo en un terreno baldío, el paraíso o un campo minado.

Su vida es corta, breve, infinitesimal. Se desliza entre la luz enceguecedora del relámpago y el ruido brutal del trueno. En ese breve paréntesis se ubica el amor y los humores humanos. Variado y colorido arco voltaico que va del bermellón de la sangre derramada y la cólera al verde bilioso de los celos y la envidia. Urdimbre compleja de tipos y arquetipos.

Cuando trastabillo, dudo y pretendo establecer mi tienda en el desierto que a veces suele ser la palabra, siento reales con el

Diccionario más autorizado de mi lengua, el de la Academia española. Y en *amor*, encontré pasto para lugares comunes y singulares, tanto sea propios como ajenos. Caprichosa perinola donde lo único seguro es que todos ponen y todo vale; desde el afecto verdadero o imaginado, a la pasión que atrae un sexo al otro o al mismo sexo, a las caricias, al niño rechoncho desnudo, alado con venda y carcaj. Cuántos atributos y defectos no se le atribuyen. Amor es ciego, sordo, mudo, injusto; término este último que nos hace admitir — que no aceptar-, que la asimetría amorosa tiene mucho de arbitrario. Como la flor de loto, en el fango nutricio de recriminaciones y reproches donde siempre alguien espera que alguien haga, diga, venga y sobre todo no abandone, florece la balada, el poema humano. Su historia nos confirma que la ecuanimidad no es la fortaleza ni el reducto de la pasión. Amor es ajeno al difícil equilibrio entre el orden, aunque sea precario e incipiente, y el caos. Confieso que en arte, esa nostalgia de un tipo de amor humano que se exprese generoso en su serenidad, sólo lo entreví en los sarcófagos de los esposos etruscos. SU mirada, su gestualidad, hasta los pliegues amigos de sus túnicas nos evocan diáfanos, sin lugar a dudas la resonancia íntima, el diapasón de almas que en algún momento desandaron por la breve ráfaga de un instante todo lo mal aprendido en el apuro de nuestras confusiones y disputas.

Pero propio, innato al amor-pasión es el naufragio que trae consigo padecimientos, perturbaciones y desorden. En esa fantasmática voluptuosidad propuesta por el extraño, el otro, el distinto —nuestro opuesto y algunas veces complementario— se desarrolla el lenguaje propio del amor, *grafittis* en carne viva, renovadores por sí solos de la palabra-poesía. No es lo apolíneo que hinca sus velas, es lo dionisíaco. Y como pasión no quita conocimiento hurgo en el raptó amoroso y hallo arrebató, delito y delirio. Un paso apenas más

a franquear y podría deslizarme en l unión mística con la divinidad o en el accidente y la pérdida o suspensión del sentido. No lejos de la estampa cliché de santas ingravidas con los ojos en blanco y levitando solas o en compañía por ahí, o aquellas otras de estilitas encaramados sobre columnas imitando a las grullas pero mucho menos armonioso y divertidos. Sin embargo no se hallan muy lejos del amor pasión, el amor caldo y espuma de la poesía, ese período de la vida en que la pareja se convierte en exilados interiores en ermitas en expatriados interiores.

La pasión, imposible de vivir como acmé permanente ya que su período de mayor intensidad tiene más de enfermedad de infortunio y malestar que de transporte y de bonanza.

El raptó amoroso, para decirlo de alguna manera, contiene expresiones que se potencializan al mismo tiempo contradicen, luchan y oponen unas a otras. Cometa que arrastra tras de sí en su órbita antigua las formas posibles e imposibles del amor. Cola de traje de novia, incandescente, el lenguaje popular, fuente inequívoca de sabiduría dice sin embargo que cuando gozamos, aunque más no sea brevemente en y con el *otro* nos hallamos transportados al séptimo cielo. Al superlativo de los cielos, como si del uno al seis no bastara y fuera necesario para nombrar el amor referirse al siete que es en todas las culturas el sin par, el más perfecto de los números. No en vano el verbo amar —en español—, es el verbo modelo, el referente, el verbo de los verbos. Es que sólo en su compañía y bajo su imperio entrevemos por una grieta el velo que se desgarró: la Jerusalén celeste. Pero nadie, que yo sepa, que haya vislumbrado las entrañas del cielo o de la tierra, del paraíso o del infierno ha vuelto para brindarnos testimonio. ¿Sí Lázaro no pudo, por qué se lo exigiremos a los amantes, a los anacoretas a los artistas en general y a los poetas en particular?

Sin embargo, ellos nos han contestado a su manera y como mejor han podido. Pasa que a veces la palabra, por cuán vasto sea su dominio es insuficiente.

Y hay que pedir prestado a otras voces, otras líneas, otros magos para completar la búsqueda. De Leonardo a nuestros torpes y modestos balbuceos contemporáneos. Pasando, ineludiblemente por Mozart, *spes única*, que pudo verter todos los amores ensanchándonos los tres reinos y domesticando los sentidos, lo hizo con sonidos pero sobre todo con silencios. Y qué curioso, su mayor logro, *Don Giovanni*, nos explica la tragedia del privado de dar, el lisiado de amor, el desdichado de la eterna sed.

Porque el amor correspondido, aspiración última de todos y cada uno de nosotros es un pacto extremo. Fulgurante instante único donde se vence la dualidad: el dos que es uno para tres. Resuelto —acaso— el misterio renovado de la Trinidad.

EL vértigo que se siente en esos escasos momentos de convicción íntima del encuentro en nuestra propia escritura o la del poeta que se nos revela, es idéntico o muy parecido al orgasmo fulminante. Hallar la centella del nombre de Dios en nuestra propia intimidad, como preconizaba Buda o el Rabí de la buena fama.

Todas las religiones, todos los místicos brindan con sus revelaciones similares milagros; sólo por amor se obtienen los portentos arquetípicos más profundos y secretos del ser humano: volar sin quemarse las alas, deslizarse sobre las aguas o caminar sobre los carbones encendidos del pasado. Sin volver la cabeza como Eurídice o la mujer de Lot. Amor y poesía en suma, no existen sin la prepotencia del olvido: Quien lo probó, ya se ha olvidado.

París, 24 de agosto de 1994